

NO EXISTE LA AUSENCIA

MARIVEL CERVANTES HERNÁNDEZ

Es una mañana cálida, un momento fuera de lo común. El lugar es silencioso, el ambiente está muy tranquilo. Me dirijo a la computadora y busco los archivos. Mis ojos se tropiezan con el video de Gaby. Recuerdo que hoy es 6 de octubre y se cumple un mes más de su fallecimiento. El video empieza a correr y mis lágrimas caen con rapidez, quisiera llorar a grito abierto, pero estoy en la oficina... Gaby, se me hace tan difícil tu ausencia. Por favor, quisiera que no fuera cierto. Deseo verte al lado de tus hijos, feliz y contenta. ¿Por qué tenía que ser así? Aunque debiera preguntarme para qué y no por qué.

Quiero entender y aún no comprendo el propósito divino.

Recuerdo el festejo de tu cumpleaños. Aunque te sientes débil, en tu cara hay paz, alegría. ¿Cuánto dolor sientes? No lo sé. Tomas fuerza y fe al ver a tu familia y al saber que estamos contigo.

Cuando escuchas *Las mañanitas*, tus ojos se llenan de lágrimas, nos abrazamos fuertemente. En esta ocasión tu jefe y amigas como Sonia e Hilda están presentes para acompañarte en este día tan significativo.

Tus ojos azules irradian luz y esperanza; también se asoma el temor, pero la fuerza del amor puede más y, entonces, cobras ánimo.

Sigues caminando con paso lento pero seguro, saludando a los invitados. Tus hijos sólo juegan y juegan alegremente, sienten

en su interior la seguridad de seguir viéndote sin pensar en el mañana.

Rubén y tú toman el micrófono y, aun cuando se nota la gravedad de tu enfermedad, con paso firme y erguida alzas la voz y agradeces. Tu mirada recorre a cada invitado, como si quisieras detener el tiempo. A pesar de tu poca salud, te veo con esperanza y fe en que se realice un milagro.

Tus palabras son: “Los espero para el próximo cumpleaños” y, aun cuando el tono de tu voz se quiebra, añades: “¡Recuerden que cumpliré muchos más!” Los demás nos levantamos como si con ello quisiéramos detener el tiempo y cambiar el destino. Sin embargo, tendremos voluntad, pero el futuro será otro.

Mis lágrimas caen y, desde lo más profundo de mi corazón, guardo tu recuerdo. Esa mirada tierna, dulce y llena de esperanza no se aparta de mi pensamiento.

Gaby, ¡como quisiera que estuvieras aquí! Luego, en el silencio de la tarde, escucho tu voz que dice:

–Mary, la salud que pedimos llegó a mí, no como queríamos, sino mejor aún, porque ahora nada me duele, no hay un ápice de dolor en mi cuerpo, me siento muy bien, mi cuerpo es perfecto y, por si fuera poco, mis lágrimas me las enjuga el Señor. Puedo brincar, correr, saltar, disfrutar de cada flor, de cada aroma, de cada sonido, mmm... Todo aquí es bello, el lugar es hermoso, es perfecto, no sólo en mí hay paz, sino a mi alrededor, aquí todo es tranquilo, es un lugar sin igual.

–Yo... –le digo suavemente, como si no quisiera interrumpirla, pero a la vez recordarle, y ella sigue.

–Sssh, Mary, todo tiene un propósito, yo te lo dije, ¿recuerdas? Pues bien, cada vez tendrás más claridad.

–Oye, pero... ¿y tus hijos?

–Es cierto que luché por ellos y por disfrutar más de ustedes. Cuando llegué al cielo, lo primero que le dije fue: Señor, regrésame, mis hijos me necesitan, están todavía muy pequeños. Pero

él me abrazó con una ternura infinita y me dijo: “Mis tiempos, hija, son perfectos. Mira, esto haré de Sebastián”, y me mostró un niño que aun cuando son tiempos difíciles, él es fuerte, cariñoso, educado. Y mi corazón se alegró. Después vi a Yeye, también en ocasiones triste, pero dedicado a la música y al estudio, y en seguida me mostró a José Rubén, aunque inquieto, lo vi consagrado a la música, al deporte, a la educación y, todavía más: por el dolor causado por mi ausencia, los vi formando un conjunto donde ellos alaban a Dios. Y aún más: vi a los ángeles que cuidan a cada uno de mis hijos. Luego me dijo: “Ahora me preguntará por Rubén”, y Él me mostró a un hombre que experimentó el quebranto, pero también la fuerza de enfrentar la adversidad de la mejor manera. –Y añadió Gaby–: ¿Qué es la ausencia? ¿Acaso estoy ausente? No, mi esencia está en mis hijos, en los valores que les inculqué. Recuerda cómo me gusta que hagan sus tareas, ¿las siguen haciendo, Mary?

–Sí –le contesté.

–Entonces estoy aún presente en ellos, no físicamente, pero sí en los valores y responsabilidades que les he dejado.

¿Qué es la ausencia? Es algo transitorio, porque estoy en la esencia de cada uno de mis hijos, ellos tienen algo de mí, está mi sangre, mi mirada, tal vez mi sonrisa.

¿Qué es la ausencia? Yo estaré en cada uno de ustedes, estaré en cada recuerdo.

¿Qué es la ausencia? Si tú piensas que hay eternidad en mí, la ausencia realmente no existe.

Por el eterno Dios, abracé a Gaby y pude sentir sus delgadas manos sobre mi cuerpo. Mis lágrimas rodaron nuevamente y, al mismo tiempo, sentí la fortaleza que se necesita para enfrentar un mejor mañana.

Centro de Derechos Humanos de las Mujeres, A.C.
Chihuahua, Chih.